

Intervención social y jóvenes

Idioma: ES

ENUNCIADO DEL EXAMEN:

Duración del examen: 90 minutos. No se permite el uso de ningún material. De las tres preguntas, debe elegir dos para su contestación. En las preguntas, debe responder a lo subrayado. Lo no subrayado es el contexto de la pregunta. El contenido de las respuestas debe incluir todos los aspectos centrales que se abordan en el epígrafe/subepígrafe del tema. El desarrollo de cada respuesta debe tener una estructuración ordenada, una exposición coherente, y dotada de precisión conceptual, evitando las generalizaciones. Igualmente se tendrá en consideración para superar el examen que la redacción sea cuidada y sin faltas de ortografía. Las similitudes y/o literalidades entre exámenes serán motivo de suspenso. Igualmente, no se permiten reproducciones literales del texto básico, salvo aquellas referidas a definiciones y clasificaciones concretas de algún autor/es, de instituciones u organizaciones.

Pregunta 1: Estrategias de intervención socioeducativa en el escenario de la participación y la sostenibilidad social. (El planteamiento estratégico de la intervención socioeducativa en diferentes escenarios).

Pregunta 2: Estrategias de intervención socioeducativa en el escenario de la complejidad y la ecología de la acción. (El planteamiento estratégico de la intervención socioeducativa en diferentes escenarios).

Pregunta 3: Investigaciones para la acción: jóvenes en dificultad social. (Evaluar e investigar para la acción).

Pregunta 1

Estrategias de intervención socioeducativa en el escenario de la participación y la sostenibilidad social. (El planteamiento estratégico de la intervención socioeducativa en diferentes escenarios).

RESPUESTA DEL ESTUDIANTE:

La intervención socioeducativa en el escenario de la participación y la sostenibilidad social requiere un enfoque estratégico que integre la autonomía juvenil con la construcción de capacidades colectivas a largo plazo. Este planteamiento se sustenta en tres pilares centrales: la co-construcción de procesos, la gestión integral de recursos y la evaluación participativa, adaptados a distintos contextos de intervención.

En primer lugar, las estrategias de participación activa deben priorizar la autonomía juvenil mediante metodologías participativas, como talleres de diseño comunitario o foros de toma de decisiones liderados por jóvenes. Por ejemplo, en organizaciones de iniciativa social, se implementan proyectos co-creados con jóvenes en situación de riesgo, donde se identifican necesidades específicas (ej.: exclusión laboral o violencia de género) y se diseñan soluciones adaptadas a su realidad. Este enfoque no solo empodera a los jóvenes, sino que fomenta la sostenibilidad al generar redes de apoyo locales y fortalecer su capacidad para liderar iniciativas futuras.

En escenarios de servicios sociales públicos y privados, la sostenibilidad se logra mediante la planificación de ciclos de intervención con objetivos claros y evaluaciones periódicas. Un caso destacado es la creación de plataformas de diálogo entre jóvenes, autoridades educativas y empresas, donde se alinean políticas públicas con necesidades socioeconómicas. Así, proyectos como la "Red de Jóvenes Emprendedores" integran formación laboral con mentorías, asegurando la continuidad de sus actividades mediante acuerdos de colaboración con instituciones y financiamiento diversificado (ej.: fondos europeos y patrocinios locales).

Además, la coordinación transversal entre actores es clave para la sostenibilidad. En contextos de complejidad social, se promueven alianzas entre ONGs, escuelas y gobiernos para desarrollar acciones integrales, como programas de prevención del riesgo social que combinan educación en derechos humanos con espacios de expresión artística. Estas iniciativas garantizan que los resultados sean medibles a través de indicadores cualitativos (ej.: niveles de participación en comités comunitarios) y cuantitativos (ej.: reducción de deserción escolar), evitando soluciones puntuales.

Finalmente, la evaluación debe ser continua y participativa, incorporando a los jóvenes en la medición de impactos. Herramientas como los "diarios de acción colectiva" permiten registrar avances y ajustar estrategias, asegurando que la intervención no solo resuelva problemas inmediatos, sino que construya capacidades para enfrentar futuros desafíos. Este enfoque refleja la interrelación entre participación y sostenibilidad, donde la autodeterminación juvenil se convierte en motor de transformación social durable.

Pregunta 2

Estrategias de intervención socioeducativa en el escenario de la complejidad y la ecología de la acción. (El planteamiento estratégico de la intervención socioeducativa en diferentes escenarios).

RESPUESTA DEL ESTUDIANTE:

La intervención socioeducativa en el escenario de la complejidad y la ecología de la acción requiere un enfoque estratégico que integre la pluralidad de factores que determinan la realidad juvenil, considerando tanto la interdependencia de variables estructurales como la dinámica de múltiples niveles de influencia. La complejidad se manifiesta en la superposición de determinantes sociodemográficos, económicos, culturales y psicosociales que condicionan las trayectorias de los jóvenes, mientras que la ecología de la acción implica abordar estas problemáticas desde una perspectiva sistémica, reconociendo las interacciones entre el individuo, su entorno inmediato y las estructuras sociales más amplias.

En primer lugar, el planteamiento estratégico debe partir de una **análisis contextualizado**, que identifique las realidades locales específicas de los jóvenes, como la exclusión socioeconómica, la vulnerabilidad educativa o la exposición a riesgos psicosociales. Este análisis debe integrar metodologías cualitativas y cuantitativas para capturar la diversidad de situaciones, evitando estereotipos y priorizando la voz de los jóvenes en el proceso de definición de necesidades. Por ejemplo, en contextos rurales, la intervención podría enfocarse en la articulación entre educación, salud y desarrollo territorial, mientras que en entornos urbanos, la estrategia podría priorizar la prevención de la marginalización a través de redes comunitarias y espacios de participación juvenil.

Un principio central es el **enfoque sistémico y multidisciplinario**, que reconoce la interrelación entre factores individuales, familiares, escolares y sociales. Esto implica diseñar estrategias que operen en múltiples niveles, como la formación de redes colaborativas entre escuelas, organizaciones no gubernamentales y servicios públicos, para abordar problemas complejos como el desempleo juvenil o la violencia. Por ejemplo, un proyecto de inserción laboral podría combinar talleres de habilidades socioemocionales con acuerdos con empresas locales, integrando apoyo psicosocial y formación técnica. Además, es fundamental fomentar la **participación activa de los jóvenes**, no solo como receptores sino como agentes de cambio, mediante metodologías participativas como mesas de diálogo o co-creación de proyectos, lo que fortalece su autonomía y sentido de pertenencia.

La **evaluación continua y adaptativa** es otro pilar estratégico, ya que permite medir el impacto de las intervenciones en el contexto de la complejidad. Se recomienda utilizar enfoques mixtos, como la evaluación por resultados (con indicadores cuantificables) y la evaluación participativa (con testimonios y análisis cualitativos), para garantizar que las acciones se ajusten a las necesidades cambiantes. Por ejemplo, en proyectos de prevención de riesgos, se podrían diseñar sistemas de retroalimentación periódica con jóvenes y comunidades, permitiendo corregir desviaciones y potenciar buenas prácticas. Además, la evaluación debe valorar el **capital social** generado, como la construcción de

redes de apoyo y la fortalecimiento de la confianza comunitaria, elementos clave para la sostenibilidad.

En cuanto a la **coordinación interinstitucional**, es necesario establecer acuerdos claros entre organizaciones sociales, servicios públicos y privados para evitar duplicidades y garantizar una respuesta integral. Un ejemplo concreto sería la creación de comisiones transversales en comunidades donde escuelas, centros sociales y entidades gubernamentales comparten responsabilidades en la atención a jóvenes en riesgo de exclusión. Esta coordinación debe estar respaldada por protocolos de comunicación y planes de acción compartidos, asegurando que las intervenciones sean coherentes y escalables.

Finalmente, la **sostenibilidad** de las estrategias depende de la capacidad de generar procesos autónomos y resilientes, lo que exige transferir conocimientos y recursos a las comunidades. Estrategias como la formación de grupos de base en habilidades socioemocionales o la creación de espacios comunitarios de participación permanente permiten que los jóvenes asuman roles de liderazgo, reduciendo la dependencia externa. Además, la integración de la **ecología de la acción** en la planificación exige considerar el contexto histórico y cultural, evitando soluciones genéricas y priorizando enfoques adaptados a las particularidades locales.

En síntesis, la intervención socioeducativa en complejidad y ecología de la acción debe ser dinámica, flexible y centrada en la construcción de redes colaborativas, donde la evaluación, la participación y la coordinación son pilares para lograr impactos duraderos y relevantes en la vida de los jóvenes. Este enfoque no solo responde a las demandas inmediatas, sino que contribuye a transformar estructuras sociales que perpetúan la vulnerabilidad, fomentando una sociedad más inclusiva y equitativa.

Pregunta 3

Investigaciones para la acción: jóvenes en dificultad social. (Evaluar e investigar para la acción).

RESPUESTA DEL ESTUDIANTE:

La investigación para la acción en el ámbito de jóvenes en dificultad social constituye un enfoque metodológico que integra la evaluación, la investigación y la intervención social en un proceso continuo y participativo, con el propósito de abordar las situaciones de riesgo y necesidades específicas de los jóvenes mediante la colaboración activa entre actores sociales. Su desarrollo se fundamenta en la identificación de realidades sociales que afectan a los jóvenes, como la exclusión educativa, la vulnerabilidad laboral o el consumo de sustancias, y en la evaluación crítica de los determinantes estructurales que condicionan su situación.

En primer lugar, este enfoque requiere una evaluación inicial participativa que involucre a los jóvenes, familias y profesionales del trabajo social, permitiendo explorar las perspectivas subjetivas de los jóvenes sobre sus contextos de vulnerabilidad. A través de metodologías cualitativas (grupos focales, entrevistas) y cuantitativas (análisis de datos estadísticos), se identifican patrones y necesidades específicas, como la falta de acceso a servicios educativos o la exposición a redes de riesgo. Esta fase no solo recopila información, sino que construye consenso para definir prioridades de intervención, garantizando que las acciones respondan a la realidad local y no a suposiciones externas.

La investigación para la acción se estructura en ciclos iterativos: planificación, acción, evaluación y retroalimentación. Durante cada ciclo, los datos recogidos se analizan para ajustar estrategias, asegurando que las intervenciones sean pertinentes y sostenibles. Por ejemplo, la evaluación del capital social permite identificar recursos y redes existentes (organizaciones comunitarias, redes familiares) que pueden fortalecerse para implementar acciones colectivas, como programas de acompañamiento escolar o espacios de diálogo intergeneracional. Además, se integra con los sistemas de protección social, evaluando su eficacia y proponiendo mejoras basadas en evidencia, mediante la coordinación entre servicios públicos, organizaciones privadas y entornos comunitarios.

La evaluación del trabajo en red es central para la implementación de acciones individuales y colectivas, ya que permite identificar brechas en la colaboración entre actores y diseñar proyectos que aprovechen sinergias. Por ejemplo, en contextos de alta vulnerabilidad, la investigación para la acción podría evaluar cómo los servicios sociales y las organizaciones de iniciativa social pueden trabajar juntos para prevenir el riesgo social, fortaleciendo el apoyo psicosocial y la inserción laboral. Asimismo, se prioriza la participación activa de los jóvenes en la toma de decisiones, promoviendo su autonomía y empoderamiento, lo que contribuye a la sostenibilidad de las intervenciones.

Finalmente, este enfoque no solo responde a necesidades inmediatas, sino que construye capacidades para la resiliencia a largo plazo, transformando la evaluación en una herramienta activa para la acción. Al centrarse en la reflexión crítica sobre los determinantes sociales y la adaptación constante de estrategias, la investigación para la acción contribuye a la mejora de sistemas de protección y

a la construcción de redes sociales que respalden la inclusión y el desarrollo integral de los jóvenes en situación de dificultad.